

cia de los más aptos, y superación/extinción de las especies mediante el mestizaje. (Por supuesto, siguiendo la vulgata darwiniana, Herrera identifica raza y especie, tergiversando la concepción racial de Darwin [ver «On the Races of Man», en *The Descent...*].) Pese a ello, la paráfrasis científica no obsta a su traducción en clave enigmática («Los seres se perfeccionan o desaparecen. Un dilema de hielo clava su interrogación petrífica en la ciudad maravillosa y famélica de los organismos. Dijérase la mano bienhechora de un hada que corrige sabiamente mientras un ángel extermina con su alfanje milenario»; ni el vuelo metafórico («Dijérase una Esfinje mitad mujer y mitad fiera, que ofrenda sus caricias a los frágiles triunfantes y destruye con sus garras a los débiles vencidos»); ni la dilución del evolucionismo en un drama esotérico («La Vida es una Necrópolis alegre, es un Moloch triunfante a cuyos pies arde la hoguera en que perecen los indefensos, los impotentes, los heridos de la gran batalla»); ni su final panteísmo de opereta («Los países y los hombres no existen por sí solos. Todo depende de todo. No hay almas libres, no hay cuerpos, no hay albedrío: hay sólo causas, concausas, efectos, proyecciones, fluidos, hálitos creadores, destructores y conservadores, y arriba de todo el Enigma, la terrible esfinge de piedra interrogando pavorosamente a los viajeros de ese inmenso desierto que lleva el nombre de ciencia»).

Estos excesos discursivos fisuran el acartonado científicismo a que se acoge «con ingenuo fervor de catecúmeno» [Ardao, *Etapas* 291], y revelan, más que la obvia endeblez de sus conocimientos científicos, que éstos no superan la epidermis del tejido textual, cuya verdadera intenc(s)ión se cuece en el desenfreno del estilo o en el descarado forzamiento ideológico, como evidencia la tesis central. En efecto, el determinismo biopsicológico, asociado al geoclimatológico, gesta la convergencia simpática hombre-medio, de donde extrae fácilmente el indispensable silogismo: si los seres son producto del medio, y tanto los charrúas como los uruguayos habitan, en distintos momentos históricos, un mismo medio, los uruguayos resultan, obviamente, charrúas. Retomando el ideomito diseñado por Zorrilla de San Martín en su *Tabaré*, el discurso herreriano engarza, polémicamente, con el montaje fundacional de la nación-Estado moderna llevado a cabo por la generación precedente. El texto, asimismo, al hacerse eco del etnocentrismo de las modernas ciencias positivas, debería inscribirse en la tradición civilizadora que, iniciada por Sarmiento y Alberdi, pronto ha de cuajar en Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. Difiere sin embargo del distanciado objetivismo que éstos pretenden; diferencia que no estriba tanto en la hiperbólica manipulación del evolucionismo ya señalada, cuanto en la ironía que invade el texto, aun en sus pasajes más aparentemente asépticos; ironía que rubrica mediante la irrupción del narrador, cuyo ex-

* BIBLIOGRAFÍA:

Ardao, Arturo. Etapas de la inteligencia uruguaya. Montevideo: Universidad de la República, 1971. *Boas, Franz.* Race, Language and Culture. New York: MacMillan, 1940. *The Mind of Primitive Man.* New York: MacMillan, 1945. *Bula Piriz, Roberto.* Herrera y Reissig (1875-1910). Vida y obra. New York: Hispanic Institute, 1952. *Darwin, Charles.* The Origin of Species and The Descent of Man. New York: The Modern Library, 1936. *Figuiera, José H.* Los primitivos habitantes del Uruguay. Ensayo paleoetnológico. Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1892. *Harris, Marvin.* The Rise of Anthropological Theory. New York: Columbia University P., 1968. *Herrera y Reissig, Julio.* Poesía completa y prosa selecta. Caracas: Ayacucho, 1978. *Rama, Ángel.* La belle époque. Montevideo: Enciclopedia Uruguaya 28, 1968. «La estética de Julio Herrera y Reissig: el travestido de la muerte». Río Piedras: Revista de la Facultad de Humanidades 2 (1973). La ciudad letrada. Hanover, N.H.: del Norte, 1984. Las máscaras democráticas del modernismo. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985. *Real de Azúa, Carlos.* El patriado uruguayo. Montevideo: Asir, 1961. *Saint-Victor, Paul de.* Victor Hugo. París: Calmann Lévy, 1884. *Zorrilla de San Martín, Juan.* Tabaré. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1956.

³ Zorrilla, Tabaré, canto 2, 4.

plícito designio, paradójicamente, consiste en marcar su diferenciada con los «nuevos charrúas» objeto de su estudio. Esa lúdica ostentación del narrador disloca la presunta circunspección de lo científico e instala al texto al borde de la parodia, para retornarlo inmediatamente al simulacro de la objetividad. Este juego pendular objetivismo/ subjetivismo, científicismo/poiesis, hace a la índole ideológicamente ambigua de la modernidad periférica a la que Herrera, perplejo, sólo sabe replicar mediante la práctica de un discurso que, carente de anclaje, sólo puede formularse en su indecibilidad; más aún: como puro proceso de autodesestabilización*.

Abril Trigo

Etnología. Medio sociológico

//10// El lector tendrá presente los principios que acabo de sentar, respecto [a] la influencia del medio físico sobre el carácter y la civilización de los hombres, así como del parentesco que liga regularmente a todos los seres de la naturaleza, desde el mineral hasta el hombre. Estos principios constituyen la base del estudio que a continuación expreso, referente a la similitud de caracteres emocionales que existe entre los nuevos charrúas y los viejos charrúas, o lo que es lo mismo, entre aquella tribu errática de cuatro mil salvajes que pasó por este mundo «sin hogar en la tierra ni en el cielo»³ y los ochocientos mil terrícolas descendientes de todas las castas del universo, que viven a sus anchas en este paraíso de 170.000 kilómetros, que tiene costas sobre el Atlántico, el Plata y el Uruguay, regados a las mil maravillas por ríos, arroyos y temporales, y tan fértil que ni necesita semillas ni agricultores.

//11// El antropologista Boas, después de haberse entregado a innumerables observaciones y profundos trabajos paleontológicos, arriba a la conclusión científica de que las razas europeas sufren en América de tal modo la influencia de la naturaleza, que acabarán por revertir todos los caracteres de los indígenas, llegando a ser exactamente iguales a las especies umbráticas que la civilización tanto se empeña en extirpar. Entre los blancos descendientes en línea directa de los primeros colonos ingleses, y los individuos de varias tribus de indios norteamericanos existe una similitud fisonómica pronunciada. Se nota que los rasgos europeos van desapareciendo gradualmente del rostro, así como las líneas del cuerpo, que se hacen menos armónicas y ligeras, para dar lugar a la degradación de los contornos

y a la amplitud carnosa de las facciones indígenas. La nariz se hace chata, los pómulos salientes, los ojos hundidos y pequeños, la boca saltada, el pie ancho, el cabello grueso y oscuro. Hasta el color sufre los efectos del medio y va subiendo de tono hasta presentar un moreno amarilloso que se asemeja al de los naturales.

Boas, cómicamente horrorizado, no trepida en asegurar que se aproxima el día en que sus conciudadanos parezcan salvajes vestidos a la europea⁴. Yo también tiemblo de terror, pensando que mis descendientes serán charrúas, horribles charrúas. En la gran *soirée* del Juicio Final, cuando el ángel Gabriel me los presente, yo me negaré de vergüenza a reconocerlos y les volveré la espalda. ¡Oh Gautier, Gautier, divino ateniense, hermano mío, lo mismo que a ti la obsesión de lo feo me persigue por todos lados! La innoble Phorkias que hizo temblar a Elena me consterna con su mirada petrífica, con su aliento nauseabundo.

No es sólo la degeneración física que se opera gradualmente en las razas de origen caucásico que existen en América, sino la degeneración moral. No hay para qué decir que, modificada la materia, se modifica el espíritu. De la organización más o menos perfecta de la máquina dependen las operaciones del cerebro. Aun [...] definido el hombre no es más que un alma que se sirve de un cuerpo. ¿Quién ignora la influencia de la física sobre la moral, la relación de las operaciones sensitivas con las del intelecto, la de los actos afectivos y volitivos con las [...] //13// ¿Quién no sabe que la vida humana comienza y sigue siendo anormal; que una simple diferencia de distribución entre el volumen y la actividad de los órganos determina la fuerza de carácter? ¿Quién no ha doblado la rodilla en el templo de Müller, Claudio Bernard, Flourens, Cuvier y Magendie; quién no sabe que el secreto de la inteligencia reside en unas cuantas circunvoluciones? Es probable que el genio no alcance a pesar más de una libra. El imaginador penetra en su castillo ovoideo y admira en el movimiento de las células la misteriosa telegrafía que lo liga a la inmortalidad, en los laberintos de los hemisferios la Jerusalén de la gloria, en las eminencias de su examen el Tabú de la grandeza, en la sustancia cortical el óleo de la creación y en los cuerpos estirados el reloj de sus victorias. La encarnación de la divinidad cristiana en una mísera porción de harina parece menos imposible que el encierro de ese poderoso gigante en un pequeño caracol de seso.

Volviendo a la influencia de la naturaleza sobre las razas, no existe la menor probabilidad de que, modificados los caracteres físicos del hombre, no se modifiquen finalmente las aptitudes morales. Muy al contrario, no cabe la menor duda que el hombre, bajo todos los aspectos, se transformará por grados, hasta llegar al postrero dintel de su constitución orgánica, hasta el vestíbulo umbrático que lo separa del bruto. La frenología históri-

⁴ No he podido localizar tal texto, que obviamente sería anterior a 1900. No obstante, en «Modern populations of America», de 1915, Boas escribe: «The important question arises whether the types that come to America remains stable and retains their former characteristics. A number of years ago I investigated this question, and reached the conclusion that a number of definite, although slight, changes are taking place; more particularly, that under American geographical and social conditions the width of the face decreases, and the head form undergoes certain slight changes» [Race]. En *The Mind of Primitive Man* sostiene que «physiological, mental and social functions are highly variable, being dependent upon external conditions, so that an intimate relation between race and culture does not seem plausible», de donde «those White men who live alone among native tribes [...] sink almost invariably to a semi-barbarous position» [145, 143]. Si bien Boas procuró problematizar el racismo en boga analizando de qué modo la influencia del medio geográfico y social configuraba «tipos fisiológicos» o «ecotipos» [Race 77], rechazó explícitamente todo determinismo geofísico [Harris 265ss; Race 639-647: «The Study of Geography»]. Con respecto al mestizaje, su opinión resulta igualmente categórica: «The aim has been made, and has constantly been repeated, that mixed races —like the American Mulattoes or the American Mestizos— are inferior in physical and mental

ca del hombre en sus relaciones con las ciencias sociales nos asombra, a este respecto, con datos elocuentísimos.

//14// Se da el caso de algunas razas de origen mongólico que, radicadas en Europa desde hace siglos, han perdido completamente sus caracteres congénitos, al contrario de otras de tipo caucásico que, introducidas en Oriente o en África, experimentaron con rapidez que aterra la estólida labor del trópico, la caricia salvaje de las fiebres del desierto. No se crea que estos desgastes requieren mucho tiempo para efectuarse; media docena de siglos bastan y sobran para formar un aluvión humano, para borrar la heterogeneidad que separa, dentro de un grupo social, a los extranjeros del clima y de la naturaleza que se avienen a comerciar con el aire, los productos y las genes de la nueva tierra que habitan.

V

Los casos antropológicos a que me refiero datan de tiempos [distantes] y [que] pueden llamarse recientes; del imperio de Constantino, de la invasión de los árabes en España, de las guerras santas contra los musulmanes, de la invasión de Tamerlán, de la toma de Constantinopla por los turcos y de los principios de la edad moderna, cuando el cristianismo conquistó el mundo, civilizando gran parte de África y Oceanía.

La América del Sur no ha sido una excepción a esta ley de la naturaleza, sin embargo de que hace apenas cuatro siglos que tiene el honor de ser habitada por individuos de raza blanca. //15// Muy al contrario, se diría que los efectos de esa ley brutal se aceleran, se apresuran, se precipitan con ávido encono; no parece sino que la salvaje naturaleza, exasperada por las heridas de la civilización, hace fuerzas por desasirse de sus cadenas, y en medio de su ostentar bravío lanza su vómito oscuro sobre el cráneo de su adversario. Con efecto, la América española, lejos de progresar es cada día más estúpida, más inaccesible a los refinamientos del progreso. Su anemia intelectual ahonda. El carácter de sus pueblos difiere inmensamente del carácter europeo; la civilización está como prendida con alfileres a su carne aceitunada, que sólo puede soportar los taparrabos de las costumbres sencillas; no ha dado un filósofo, un pensador, un economista, un hombre de ciencias; sus escritores y sus políticos son casi nulos; su intelectualidad, que se alimenta de mendrugos europeos, es una tilinguería condimentada, un bodrio de tinta sucia hecho con sobras de librería.

Si pasamos a la masa del pueblo y al elemento llamado criollo, no hay ya para qué hacer diferencia entre los indígenas y los descendientes de europeos. Unos mismos hábitos —groseros y primitivos—, idénticas inclinaciones —haraganería, cretinismo, belicosidad, despilfarro y desidia—, hablan

qualities, that they inherit all the unfavorable traits of the parental races. So far as I can see, this bold proposition is not based on adequate evidence. As a matter of fact, it would be exceedingly difficult to say at the present time what race is pure and what race is mixed» [Race 19].